



ASSAUT DU PÉNITENCIER.

Entrada Libre

Un poeta de casa

Alfonso Junco

Discurso de recepción como individuo de número en la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española. Leído en la sala “Manuel M. Ponce” del Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, la noche del 25 de septiembre de 1950, fecha en que la Academia celebró sus 75 años de vida.

VIVIMOS BAJO un régimen peculiar, muy a la mexicana, en esta Academia Mexicana. Como el restablecido número de dieciocho individuos de número nos resultaba angosto, se discurrió duplicarlo dando a otros dieciocho caballeros el nombre de correspondientes, aunque radicarán en esta misma capital, con lo que forzábamos un tanto la lengua que nos incumbe defender. Y así, toda persona designada entra primero en el núcleo de los correspondientes, los cuales, por línea de antigüedad, van después reemplazando —si viven en la metrópoli— a los individuos de número que fallecen.

Y como se juzgó atinado que leyeran discurso público de ingreso también los correspondientes —porque si no, muchos académicos abandonarían, como en la realidad abandonaron, esta corporación y esta vida sin haberlos hecho—, el que habla hoy se encuentra en flagrante caso de redundancia: figura retórica no muy

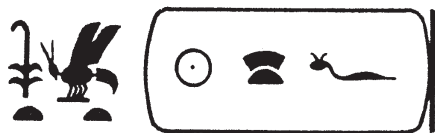
de su gusto. Designado académico desde abril de 1931 —fecha que pasará a la historia... por la República Española—, diez años más tarde pronunció un discurso sobre Lope de Vega y se le recibió formalmente en este mismo recinto de Palacio de Bellas Artes, dándole la bienvenida el gran poeta don Enrique González Martínez; luego, cuando el venerable don Ezequiel A. Chávez rindió la nobilísima jornada el 2 de diciembre de 1946, por mandato cronológico le tocó ocupar el numerado sitial vacío; y —retardado por una compleja red de agobios y descuidos que le atrajeron el impensado premio de coincidir con la celebración de los 75 años de nuestra Academia—, preséntase esta noche a ofrecer un segundo discurso de ingreso —¡ahora sí ya el último!—, al que responderá la voz insigne de José Vasconcelos.

Pido, pues, disculpa —aunque sin culpa rigurosamente personal— por este pleonasma de recepción académica. Y me apresuro a cerrar, señores, el preámbulo, y a decir cómo tengo por gala que me excede y por privilegio que me conturba, venir a tomar el sitio de uno de los varones más sapientes y ejemplares, de uno de los entendimientos más acuciosos y remontados, de una de las plumas más aireadas y aligeras, de una de las almas más finas y translúcidas que han honrado esta tierra de México.

Es don Ezequiel Chávez un alto paradigma de aquel “Buscad y encontraréis” que resuena, invitador, en las páginas evangélicas.

Formado en ambiente positivista y liberal, nutrido en los maestros del pensamiento heterodoxo, encuadrado en robusta armazón política donde el laicismo era dogma, fue inmediato colaborador de don Joaquín Baranda y don Justo Sierra en la Instrucción Pública de México. Explícate así, por destacado ejemplo, que presentara en el Concurso Científico Nacional de 1897 —siempre caballeroso y ponderado— puntos de vista que don Trinidad Sánchez Santos contrastó en un alegato memorable —nutrida documentación, férrea lógica, maciza elocuencia— en pro de la necesidad religiosa en el proceso educativo.

Pero don Ezequiel Chávez, aunque pagó el tributo natural a su medio y su hora, sentía el acicate de la insatisfacción y la inquietud; espíritu nunca gregario, siempre leal, inquisitivo y abierto. Jamás en el decurso de sus setenta y ocho años se anquilosó; no hubo disciplina cultural, libro de nota, congreso científico ni experiencia humana que pasaran sin enriquecerlo; las conmociones sociales lo alertaron y dieron más luz y profundidad a sus pupilas; su connatural sentido religioso, entumecido o replegado un tiempo, fue avivándose gradualmente y en los últimos lustros pasando de cierta vagarosa nebulosidad a concreciones más firmes y maduras y operantes.



Ya en su *Ensayo de psicología de la adolescencia* (1928) surgen trascendentales confesiones. Pero tal vez el ímpetu decisivo arrancó de su encuentro con Sor Juana Inés de la Cruz, sobre la cual trazó en 1931 un libro excepcional de descubridor y enamorado, y con la cual siguió dialogando activamente todos los días, hasta el último de su vivir.

Puesta la sandalia por tal sendero, el franciscano Pedro de Gante, maravilloso educador, atrajo la mirada y el estudio — siempre originales y personalísimos— de este educador nato que fue don Ezequiel. Y, entregado a repensar y profundizar las más altas cuestiones que preocupan y dignifican al hombre, lanzó en 1935 su libro *Dios, el universo y la libertad*; y, ya con el pie en el estribo para el viaje postrero, nos dejó en su obra *¿De dónde venimos y a dónde vamos?* (1946) una autobiografía espiritual y un examen conciso de los problemas fundamentales del mundo y de México, obra que vino a redondearse con el “Glosario e índice biográfico” que apareció póstumo, en 1947, merced a la esclarecida devoción de la señora viuda de nuestro colega.

Yo confieso, señores, que me espolea y edifica el proceso ascendente de este varón escogido, en cuyas páginas de encendida filosofía y de místico vuelo —como cuando nos cuenta su diálogo inaudible con Sor Juana Inés y su vivencia de la comunión de las alas—, suele sobrecogerme el aleteo de lo sublime y el carisma de Dios.

Una vida inmaculada lo preparó y dispuso para la plenitud de la celeste claridad. El hombre a quien conocí ya en sus dos décadas finales —blando en la cortesía, firme en el deber, benigno en la humildad de su sabiduría—, rimaba a maravilla con sus mejores páginas y merecía el coronamiento que alcanzó.

Con la llamativa singularidad de que aquel frágil anciano que parecía ya fuera del mundo, entregaba su preocupación y su presencia a los debates cívicos y a los problemas de la hora. Atento a las cosas sumas e imperecederas, de ellas tomaba inspiración para acudir a las menores y transeúntes. Y era portento. Porque, casi anulada por la invasora primicia del espíritu, su corporeidad dijérase ya a punto de transparencia y de evasión.

Y, finalmente, se nos fue de los ojos. Aquel que con tan pura y desasida avidez había buscado, encontró. Encontró para siempre. ¡Y fue a saciarse de su hallazgo!

Después de rendir, señores, este mínimo homenaje a don Ezequiel A. Chávez, concededme vuestra licencia y compañía para evocar esta noche a un poeta de casa. De casa, por las preferencias de su inclinación afectiva y versificante; de casa, porque lo fue de la mía; de casa, porque lo fue de la de esta Academia.

Después de rendir, señores, este mínimo homenaje a don Ezequiel A. Chávez, concededme vuestra licencia y compañía para evocar esta noche a un poeta de casa. De casa, por las preferencias de su inclinación afectiva y versificante; de casa, porque lo fue de la mía; de casa, porque lo fue de la de esta Academia.

Nervioso, cordialísimo, de plática vivaz. Era pequeño, extraordinariamente pequeño; y llevaba —ocultándolo cuanto podía— un nombre feo, extraordinariamente feo:

*Dos cosas, para tortura,
me salieron del demonio:
tener tan corta estatura
y llamarme Celedonio.*

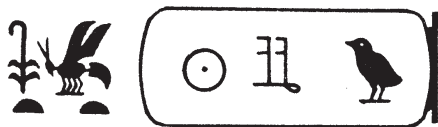
Ya está. Se llamaba Celedonio —Celedonio Junco de la Vega— y era, para más señas, mi padre. ¿Padre de más de cuatro? De muchos más: de quince.

Por el tamaulipeco puerto de Matamoros entró al mundo, el 23 de octubre de 1863. Su padre era español de Asturias, su madre mexicana de Nuevo León. Le impusieron —y siempre le pesó como un impuesto— el susodicho nombre del abuelo asturiano: Celedonio. Contentábale, en cambio, el doble apellido paterno: Junco de la Vega. Tan significativo y poético le pareció a López-Portillo y Rojas cuando llegó a sus oídos, que de buenas a primeras creyó que era un buscado seudónimo.

Don Cele —con esta apócope le abreviábamos la pena bautismal— estudió en su nativo Matamoros, donde tuvo por discípulo y émulo de primeros sitios escolares a don Francisco León de la Barra. Quedó mi padre huérfano del suyo a los trece años, y desde entonces se encarnizó en el trabajo hasta los setenta y tantos, en que una hemiplejía —dichosamente superada— fue el grave aviso de que la tarea obligatoria debía cesar. Sus hijos le impusieron el descanso, y así, con desahogada espontaneidad, dedicóse a despilfarrar versos de ocasión y a entretenerse plácidamente en su rinconcito regiomontano. Y allí expiró, el 3 de febrero de 1948, a los 84 años bien cumplidos.

Sesenta hacía que había arraigado en Monterrey. Ardió en lumbres de amor, nunca entibiado, por una serenísima regiomontana, y con ella labró, a los treinta años, su hogar. Quince hijos vinieron, el segundo de los cuales habla en estos momentos. Nada de turbiedades y egoísmos de *birth control*: limpia y cabal aceptación de la vida, con todas sus cargas y todos sus júbilos; y éstos nunca faltaron, fervorosos y claros, en el hogar sin mácula, que alcanzó glorias patriarcales en las Bodas de Oro, coronadas por medio centenar de nietos.

Aquel hogar alborozado, resonante de risas y besos, donde eran turistas los enojos y residentes las alegrías, donde nunca se vio sino limpieza y rectitud, donde la salud moral era algo tan connaturalizado y familiar como el aire que se respira, vuelve ahora al recuerdo y la nostalgia.



Nunca sabremos todo lo que debemos a la atmósfera hogareña, a aquella formación de cada segundo que subconscientemente se infiltra y se instala en el espíritu, que no requiere tanto la advertencia o la sanción, sino que se absorbe por todos los poros con la eficacia penetrante y misteriosa de la vida. Nunca seremos bastante benévolos y perdonadores para aquellos que no tuvieron esta bendición inicial. Nunca sentiremos con hondura bastante, cómo en el hogar desquiciado se nutre la raíz de la desgracia de tantas gentes y de la ruina de tantas cosas que fortifican y salvan.

Tuvo don Celedonio, como rieles paralelos por donde corre el vivir la cotidiana tarea y la vocación literaria; la oficina bancaria o mercantil —nunca gubernamental— y el bregar periodístico y poético.

Fecundidad insólita: montañas de artículos, diluvios de versos, algunas obras teatrales —así “El retrato de papá”, así aquel “Dar de beber al sediento” que estrenó en Monterrey, en 1909, la ilustre doña Prudencia Grifell—; todo suelto y abandonado al rigor de la intemperie, salvo tres volúmenes de poesías: *Versos* (1895), *Sonetos* (1904) y *Musa provinciana* (1911). Triunfó en certámenes, cortó la flor natural en los Juegos del centenario de 1910, y hacia 1917 ingresó en esta Academia Mexicana, propuesto por López-Portillo y Rojas, González Martínez y Fernández Granados.

Los periódicos succionaron sus jugos: desde el lejano *Cronista* de Matamoros, obra del selecto espíritu de don Guadalupe Mainero, después gobernador de Tamaulipas, hasta *El Sol* de Monterrey, donde todavía a los setenta y tantos años escribía un editorial diario; pasando por el añoso y tradicional *Espectador* neoleonés, por *El Porvenir* que allá fundó la pluma diamantina de Ricardo Arenales —después Porfirio Barba Jacob— y por otras hojas innumerables. Periodista fue toda su vida don Celedonio, y llenó toneladas de papel con una prosa transparente y una gallarda caligrafía.

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

En cuanto a seudónimos, le haría competencia a Rafael Heliodoro Valle, de quien las malas lenguas dicen que constituye por sí solo un sindicato de redactores. Don Cele se multiplicó y explayó como Y Griega, Martín de San Martín, Ramiro Ramírez, Armando Camorra, Quintín Quintana, Modesto Rincón, Silverio, Rubén Rubín, Pepito Oria...

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

Para don Celedonio toda coyuntura era causa eficiente y sobradísima razón de disparar estrofas. Una de mis hermanas que, en el recinto doméstico y sin más humos que los del hogar, cultiva también la versificación, le dio múltiples motivos. Aurora —casada con Roberto Gómez— se despedía en una carta diciéndole a don Cele que le mandaba el corazón. Y él, de rebote, le mandó esta décima:

*Me envías el corazón
que habías dado a Roberto,
y me pone en desconcierto
tu original decisión.
Más resuelvo la cuestión
mi queridísima Aurora,
bajo ley niveladora:
aquí tu padre te envía
aquel corazón que había
entregado a su señora.*

Nunca con hiel, dejó correr don Celedonio la vena humorística lo mismo en prosa que en verso:

*Admiro a Samaniego,
me maravilla Iriarte:
en sus hermosas fábulas
¡qué ingenio y qué donaire!
¡cómo en forma tan fácil y castiza
han hecho hablar a tantos animales!*

*¡Qué chasco llevarían si, viviendo
estos dos fabulistas, intentasen
obtener ese mismo resultado
con tantos caballeros respetables!*

Cultivó mi padre, con fertilidad feliz, el epigrama. He aquí uno que me parece antología:

*Sé de un ciego y una ciega
que pronto se casarán:
¿será que hayan sabido
lo de “cásate y verás”?*



El ejemplo de don Celedonio animó por este camino del epigrama al celebradísimo *Kien*, según el propio Pepe Elizondo, con cariñosa humildad, se lo contó alguna vez a mi padre. El cual disparaba a cada instante la saeta, nunca enherbolada:

*Te quejas de la impresión
de tu libro, buen Severo:
¡pues qué dirán los lectores
de la que ellos recibieron!*

Y a otro supuesto literato:

*Yo no sé por qué tu drama
lleva por título “Insomnio”,
cuando en el acto primero
nos dormimos casi todos.*

Sobre un usurero:

*Viendo Quirós y Bujanos
al prestamista Pinillos
retratado con las manos
metidas en los bolsillos,*

*“Mal no está —dijo Quirós—
mas fuera mejor con las
manos metidas en los
bolsillos de los demás”.*

Era un humorista don Celedonio. También poeta en serio, aunque no presumía de vuelos encumbrados. Y señalábase más bien como versificador impecable y eufónico, de estupenda fertilidad y soltura, que descerrajaba improvisaciones a vuelta de esquina.

Literalmente a vuelta de esquina tropezó una vez con cierto amigo que le dijo al paso:

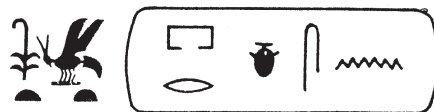
Adiós, ilustre pigmeo.

Y él, recogiendo el octosílabo, replicó de golpe:

*Adiós, insigne gigante,
que te me paras delante
con ese rostro tan feo.*

A su viejo colega Manuel Barrero Argüelles, encalabrinado cierta vez porque un cajista —inexperto o socarrón— le había trocado una vocal y convertido en “Burrero”, le soltó:

*Ninguno en el mundo entero
más desdichado que tú,*



*cuando la a de Barrero
te la han cambiado por u.*

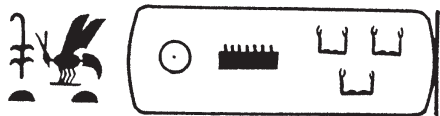
En cuanto había con quién, iniciaba el juego a dúo de la improvisación. Lo practicaba desafortunadamente con Juan B. Delgado, cuando este poeta radicó en Monterrey y nos visitaba noche a noche. Al que nunca pudo conquistar fue a su gran amigo Othón, cincelador austero y premioso, que reputaba como agravios para la majestad de la poesía aquellos livianos escarceos.

Y siguió bullidora la vena. Ya octogenario don Celedonio, con exquisita inoportunidad lleváronle, mientras florecía una huelga telefónica, el recibo del teléfono. Y exclamó al hacer el pago:

*Es un contraste que no concibo
pero que ahora claro se ostenta:
por un servicio que no recibo
pago un recibo de ocho cincuenta.*

Una improvisación recuerdo, singularmente feliz y de especial resonancia por la publicidad de la ocasión. Tenía el español don Francisco Somohano, periodista de amarga y satírica vena que escribía en *El Espectador* de Monterrey, una cantina principalmente concurrida por hombres de letras. Cierta noche, allá por el 1898, el licenciado Francisco de P. Morales —corpulento, sanguíneo, exuberante, cordial amigo de mi padre—, lo retó a que improvisaran un soneto dialogado, con la sanción de que el primero que titubeara o no hallase rápida respuesta, pagaría las copas de todos los presentes. Al dulce “peligro” se arremolinaron los contertulios. No había más que apechugar con el retórico desafío. Y establecidas las condiciones para aquel soneto “al alimón” que había de tener consonantes forzados, por decisión de la suerte tocóle a mi padre comenzar. Y oyóse este diálogo:

- J. *El negro porvenir está cercano,
y no quiero tomar ya más veneno.*
M. *No tienes tú razón, porque es muy bueno
el líquido que vende aquí Somohano.*
- J. *Yo me debo marchar: tu empeño es vano,
que de este vino blanco ya estoy lleno.*
M. *Yo, que bebo mezcal, estoy sereno:
¡si no achispa jamás vino paisano!*
- J. *Si yo sigo bebiendo pierdo el tino.*
M. *Y si yo te acompaño salgo mono.*
J. *Eso ya no es raro en ti, tú eres un tuno.*



- M. *Has errado en tus bromas el camino.*
 J. *Tú ya te emborrachaste, y te abandono.*
 M. *Eres poco hombre tú como ninguno*

Y como ninguno de los dos interlocutores titubeó, Somohano, entre el alborozo de los oyentes, obsequió las copas para todos.

Gustábale a mi padre, como por retozo y ejercicio, plantarse dificultades y embarazos en la versificación, para vencerlos. Y así tuvo predilección por la ardua arquitectura del soneto; y lo prefirió de consonantes forzados, o le redujo las sílabas hasta la angustia, o se dedicó a suprimir en él sucesivamente cada una de las vocales, o a comenzar todas sus palabras por la misma letra.

¿Venía el onomástico de una hija ausente? Pues don Cele, aunque acosado a la sazón por recio achaque, lanzábale este sonetino:

*Hoy que es tu santo,
 cruzando el viento
 mi pensamiento
 te lleva un canto.*

*Es un encanto
 que en el momento
 del sufrimiento
 yo pueda tanto.*

*No sobre el plinto
 del arte, monto
 para este asunto.*

*A tu recinto
 llego de pronto,
 te beso... y punto.*

Cierta vez —eran los días de “la revolución de entonces”—, recluido en la casa por alguna ligera enfermedad, aguardaba que del periódico le llevarsen su sueldo. Tenía encargo de este menester un excelente joven, Nazario Villarreal; y como demorase un poco, y como don Cele —que era un portento de puntualidad y eficacia— no se distinguía por saber esperar, le enderezó al presunto emisario estos versos:

*¿Será preciso que al gentil Nazario
 le dirija un soneto escrito en serio,
 para que pueda yo en mi cautiverio
 recibir el pedido numerario?*



*Que vivo de los frutos del salario
no lo puedo tomar como dicitario;
pues nunca para nadie fue misterio
que no soy opulento propietario.*

*No me atrevo a clamar a San Porfirio,
porque fuera pecado bien notorio;
mas clamo a San Honorio y San Saturio,*

*por ver si así, clamando mi martirio,
manda, por San Saturio o San Honorio,
Nazario el numerario a mi tugurio.*

En esta búsqueda de tropiezos por el gozo de saltarlos, surgió un soneto mínimo, con versos de tres sílabas, que Alfonso Méndez Plancarte —encarnizado escudriñador y cataador literario— tiene por lo más logrado y redondo que en su línea conoce:

*Canoro:
te alejas
de rejas
de oro.*

*Y al coro
le dejás
las quejas
y el lloro.*

*Que vibre
ya libre
tu acento.*

*Las alas
son galas
del viento.*

Surgieron también cinco sonetos: *Sin A*, *Sin E*, *Sin I*, *Sin O* y *Sin U*. Éste, el primero cronológicamente, nació suscitado por una plática amistosa y sirvió luego de ocasión y acicate para que vinieran al mundo sus congéneres. Helo aquí:



*Soneto me pedís en donde omita
la postrera vocal del alfabeto,
y en dos por tres pergeñaré el soneto
si no se me llega a enmarañar la pita.*

*Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.*

*“¡Vanidoso!” —exclamáis, ante el sentido
del octavo renglón; mas yo no paso
por mote, a mi entender, inmerecido.*

*Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.*

Pero donde se la vio negras don Celedonio, fue en cierto certamen con otros ingenios amigos, a consecuencia del cual se comprometió a forjar un soneto cuyas palabras todas empezaran con c. Chorreando sudores y congojas apareció el canto a Canuta:

*¡Canuta celestial! ¡Cuán caprichoso
catoniano certamen cohibitivo!
Comenzando con c cuanto concibo,
¿cómo cantar con cato cadencioso?*

*Cada concepto, ¡cielos!, cuán costoso.
Cadenas cargaré como cautivo.
Contéplame ceñudo, convulsivo,
ciñéndome cilicio congojoso.*

*Cuando cada concepto, como claro
cristal corriera cadenciosamente,
¿cogiera consonantes cual “Calcuta”?*

*¡Condenado certamen! ¡Cuesta caro!
Comenzando con c constantemente,
¿cómo cantarte, celestial Canuta?*

Este humorista, este prosador, este poeta, es ahora prácticamente desconocido. Tuvo, en sus tiempos de actividad mayor, bajo el seudónimo de Y Griega, cierto renombre que desbordó la comarca, llegó a otros rumbos de la República y le hizo trabar comercio epistolar con gentes destacadas, como don José López-Portillo y Rojas, don Enrique González Martínez, don Victoriano Salado Álvarez, don Manuel Puga y Acal... Pero siempre siguió oculto en su rincón; la provincia no posee los magnavoces que forjan nombradías, y a don Celedonio —la verdad sea dicha— le tenía absolutamente sin cuidado la fama.



*Vencido a los 84, en su rinconcito
sosegado del que estaba
contento en no salir,
con la sencillez con que había
vivido, se extinguió don Celedonio
Junco de la Vega.*

Vivió dichoso en su penumbra, y nada le interesó más que el amor y la amistad. Tenía el corazón en la mano para todos, y a todos les ganaba el corazón. Era una emisora de simpatía, y la simpatía volvía a él como un eco múltiple. Hombre bueno y jovial, caballero sin tilde, varón de ternura, recogió en los suyos la que sembró. Su partida fue un duelo grande en la capital nuevoleonense. Tuvo vida y verdad en don Celedonio aquel alentador alejandrino de Amado Nervo: “Cuando sembré rosales, coseché siempre rosas”.

Permitid ahora, señores, que el hijo evoque y reviva en estos momentos aquel trance final.

Febrero de 1948. Teléfono de Monterrey. De noche, como los ladrones, me llega la noticia. Primero, muy grave. Después, ha muerto. Ha muerto mi padre, y ni siquiera tengo el triste consuelo de recoger sus últimas palabras y pedirle su postrera bendición. “Dios lo ha querido así: ¡bendito sea!”

Y mientras dispongo, a media noche, mis cosas para partir por el avión matutino, agólpanse, en tumulto de ternura, los recuerdos. No, no tengo de qué plañirme sino de qué dar gracias. Traspuesto el medio siglo, es la primera vez que se acerca la muerte a esculcarme en lo vivo del alma.

Vencido a los 84, en su rinconcito sosegado del que estaba contento en no salir, con la sencillez con que había vivido, se extinguió don Celedonio Junco de la Vega. No tuvo mucho esfuerzo que hacer el espíritu para separarse de aquella leve y menuda porción de materia que apenas lo retenía. Se apagó mansamente la llamita veladora que sólo suavizaba ya la penumbra para señalar el sitio sagrado.

Y se levantan, en la profunda lejanía, los recuerdos...

Aquellas pláticas mientras venía el sueño, ya metidos los dos en la cama anchurosa. Mi avidez infantil, amamantada en leche de poesía y jugo de letras, suscitaba y bebía con deleite las confidencias paternas: amistades literarias, anécdotas, opiniones... Y el espíritu se iba nutriendo gustosamente.

Un día, sentado él a la mesa y a la vista las pruebas de su libro *Sonetos*, me alargó uno:

—A ver. Te doy cien pesos si me encuentras aquí una *a*.

¡Pero cómo no la había yo de encontrar!

Y ante la azorada decepción, vino el leer ya a sabiendas aquel soneto *Sin A*, y luego sus medio hermanos, huérfanos de las otras vocales.

Se me representan aquellas cuartillas en que, a lápiz y con elegante caligrafía, iba mi padre trazando sus artículos, sin

premiosidad ni celeridad: con un ritmo tranquilo y sin una sola tachadura. Rara vez el lápiz se invertía para borrar, con pulcritud, algún vocablo. Y así, limpio el original como la prosa, íbase a las cajas. Resmas y resmas de periódicos de provincia quedaron atestadas de aquella ingente labor, desperdigada y en gran parte perdida, mucha en anónimo editorial, mucha bajo una capa variopinta de seudónimos.

Luego, llegada la máquina de escribir —y vencida la etapa del desdén, con reto de mi padre a los primeros inexpertos mecanógrafos para que escribieran sin errata más aprisa que él a mano— adoptó la novedad que, naturalmente, le fue al cabo imprescindible. Y así tecleó, ya anciano y durante largos lustros, un editorial diario, que quedaba concluido al amanecer, antes de que las gentes y los ruidos de la casa entraran en movimiento.

Alcanzo todavía a recordarlo en sus líricas arengas de fiestas patrias. Con dignidad y fervor celebrábanse en Monterrey las fechas septembrinas. La noche del 15, en la Plaza de Hidalgo y desde templete al aire libre, don Bernardo Reyes, gallardo en su uniforme de gala, volcaba con estentórea voz un “¡Mexicanos!” que estremecía la plaza y todavía me retumba en el espíritu. Y la mañana del 16, en el Teatro Juárez atestado de público vehemente, presidía de levita cruzada el gobernador y hablaban los letrados más idóneos. Mi padre siempre en verso, blandiendo el papel porque jamás fiaba en su memoria, y declamando con clarísima dicción y tono y mano vibrantes.

Aun no acababan los prejuicios contra España, que solían rebrotar en la oratoria populachera de esos días. Mi padre acentuaba la nota opuesta. Quédanme prendidos en la memoria los cuartetos rotundos con que inició su arenga un 16 de septiembre:

*¡Heroico pueblo de la patria mía!
No vengo aquí para lanzar injurias
a la nación indómita y bravía
que dominó en Anáhuac tres centurias.*

*Siempre a lo noble tributé mi culto,
y aunque a ciegos espíritus no cuadre,
no he de arrojar el lodo del insulto
sobre la tierra en que nació mi padre.*

Y el pueblo nuestro, ingenuo y emotivo, pronto siempre a la voz de la nobleza, desplomábase en un enorme trueno de aplausos.



De niño —y ya autor incipiente— fui a menudo amanuense de mi padre cuando hacía versos. Su facilidad contrastó siempre con mi dificultad. Dictábame y, sin exceso de dudas ni repulgos, corregía y se decidía. Él cancelaba pronto mis perpetuas perplejidades y cavilaciones en la elección. Pero amaba la exigente pulcritud, y detestaba por igual el rebuscamiento y el descuido. Su norma se objetiva en esta décima a un poeta novel:

*No tengas, bardo, a desdoro
 pulir con tesón el verso
 por exhibirlo tan terso
 como lámina de oro.
 Bien está: mas el decoro
 de la musa que se estima,
 pide que limar la rima
 sea tan sutil labor,
 que no perciba el lector
 los chirridos de la lima.*

Entre los versos que tracé al dictado de mi padre y que hicimos juntos, vuélveme ahora, con punzante oportunidad, un soneto a la Muerte. Desde entonces, en plenitud de tarea para sustento y por amor de los suyos, preocupábase generosamente por los demás, no por él. Cantaban los tercetos:

*No de su propia suerte mi corazón se cuida:
 mas a mi lado hay seres, y mírolos perplejo
 pensando qué destino les guardará la vida.*

*Son de mi hogar encanto, son de mi amor reflejo:
 y tu presencia ¡oh, Muerte! Mi espíritu intimida,
 no por lo que me aguarda, sino por lo que deajo.*

Quiso el señor llamarlo cuando ya no podía esta perplejidad ponerle zozobra. Y su despedida fue como para diseñarla en un deseo de buen morir. Sin prolongación de congojas ni para él ni para los suyos, resolvióse en unas horas, que le dejaron recibir con dulce lucidez los auxilios y la visita misma de Dios, llamar a los hijos para acariciarlos y bendecirlos uno a uno, poner en el dedo de la esposa el propio anillo nupcial y dedicarle un último piropo...

Ochenta y cuatro años de tarea ejemplar, de humor no acibarado, de inexhausta ternura, de vida hidalga, quijotesca y diáfana. Al evocarlos, señores, en vuestra presencia hospitalaria, ha querido la sonrisa de los labios engañar la humedad de los ojos.

